

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

DOMINGO DE RAMOS (13 de abril 2014)

Iniciamos este domingo la semana más importante en nuestro caminar creyente: la Semana santa, el recuerdo de los acontecimientos centrales de nuestra fe, la pasión, muerte y RESURRECCIÓN de Jesús. No podemos pasar “de puntillas” por esta vivencia, antigua y nueva, memoria del amor regalado por nosotros.

Tenemos delante días de descanso y familia; también de trabajo (anhelado y precario); días de olor a cera y a incienso; rumor de tambores y cornetas; días de silencio y de saetas; de hermandades y procesiones...

Pero, en medio de tanto barullo, no olvidemos lo central. Celebramos un Dios que lava los pies, dándonos la mayor lección de amor; un Dios que sigue muriendo fuera de la ciudad, al lado de todas las víctimas de un sistema inhumano que descarta a quienes no sirven al dinero. Pero, sobre todo, celebramos el triunfo absoluto de la VIDA, de que Dios está del lado de la justicia, de la solidaridad, de los empobrecidos.

Arrancamos estos días acompañando a un rey que entra en la ciudad para dar la vida. ¿Un rey? ¿Qué rey es éste que entra montado en un asno, que tiene una cruz por trono, que sufre y llora, que muere como un criminal? ¿Quién es este rey?

VER

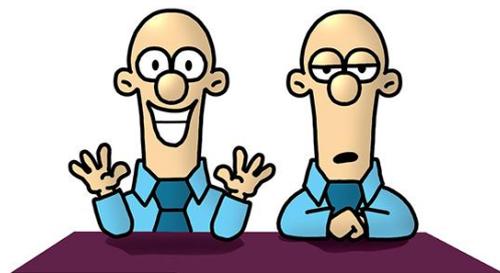
«Termino de comer; un poco de pescado, ¡sin sal!, cosas de la tensión. La mañana no ha sido muy dura, la verdad. Me siento delante del televisor. Es la hora de las noticias. Portada del día: “La prima de riesgo se sitúa por debajo de los 160 puntos básicos; un nivel no visto desde el 2012”. La presentadora lo cuenta con satisfacción, dándole énfasis. Dos analistas financieros (creo que se dice así), él y ella, ponderan las ventajas y bondades de tal “notición”: el crédito fluye; las empresas tendrán mejor financiación; la estabilidad bancaria; somos más competitivos; los mercados financieros nos aplauden y confían en la recuperación económica; las exportaciones crecerán...; y, por supuesto, la economía real (la de ir a comprar cada día, quien puede) comenzará a repuntar. Yo, sentado en el sillón, pienso: “Después de escuchar esto, me quedo más tranquilo” (sonríe malicioso).

Siguen dando noticias. Me acuerdo ahora de lo que me contaba un vecino. Escuchó a un joven padre de familia, en paro, decir: “En mi casa, mi esposa y mis hijos comemos todos los días, porque en la parroquia, o en el club, o en la Cruz Roja, nos dan para comer. Pero, yo no sé lo que significa traer el pan a casa; tengo necesidad de comer, pero necesito tener la dignidad de llevar el pan a mi familia”.

No me he dado cuenta y ya están en los deportes. Pienso en la prima de riesgo y en este joven padre. Si la noticia del día es la

HEMOS SALIDO DE
LA CRISIS.
EL PARO AFECTA
SOLAMENTE A DOS
FRANJAS...

...LA QUE VA DE
LOS 18 A LOS 35
AÑOS Y LA QUE
VA DE LOS 35
A LOS 67



RAT

“dichosa” prima, ¡sobre qué cimientos hemos construido esta sociedad!».

«Hoy no existen aquellos ídolos de los corintios: de oro, figuras de animales, de mujer, de estrellas, de soles... Pero hoy existen otros ídolos que tantas veces hemos denunciado.

Un cristiano que se alimenta en la comunión eucarística, donde su fe le dice que se une a la vida de Cristo, ¿cómo puede vivir idólatra del dinero, idólatra del poder, idólatra de sí mismo –el egoísmo? ¿Cómo puede ser idólatra un cristiano que comulga?

Pues, queridos hermanos, hay muchos que comulgan y son idólatras. Y en nuestro siglo veinte, en este mismo año, San Pablo podría repetir a muchos cristianos de San Salvador y de las comunidades que están meditando esta palabra, si de verdad creen que Cristo está presente y se unen con él en el momento de la comunión, ¿cómo es posible que después vivan tan inmorales, tan egoístas, tan injustos, tan idólatras?; ¿cómo es posible que pongan más su confianza en las cosas de la tierra que en el poder de Cristo que se hace presente en el gran sacrificio» (Mons. Óscar Romero, 28 de mayo de 1978).

ESCUCHAR

EVANGELIO (Mt 21,1-11)

¹ Cuando se acercaban a Jerusalén y llegaron a Betfagé, junto al monte de los Olivos, Jesús mandó dos discípulos, ² diciéndoles: «Id a la aldea de enfrente, encontraréis enseguida una borrica atada con su pollino, desatadlos y traédmelos. ³ Y si alguien os dice algo, contestadle que el Señor los necesita y los devolverá pronto». ⁴ Esto ocurrió para que se cumpliese lo que dijo el profeta: ⁵ «Decid a la hija de Sión: “Mira a tu rey, que viene a ti, humilde, montado en un asno, en un pollino, hijo de acémila”». ⁶ Fueron los discípulos e hicieron lo que les había mandado Jesús: ⁷ trajeron la borrica y el pollino, echaron encima sus mantos, y Jesús se montó. ⁸ La multitud extendió sus mantos por el camino; algunos cortaban ramas de árboles y alfombraban la calzada. ⁹ Y la gente que iba delante y detrás gritaba: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en el cielo!» ¹⁰ Al entrar en Jerusalén, toda la ciudad preguntaba alborotada: «¿Quién es éste?». ¹¹ La gente que venía con él decía: «Es Jesús, el Profeta de Nazaret de Galilea».

MEDITAR

La última y decisiva etapa en la vida de Jesús comienza con su entrada en Jerusalén, montado sobre un asno. El evangelio de Juan relata al menos tres ocasiones en que Jesús está en Jerusalén, durante su vida pública. Los otros tres evangelios, en cambio, conocen solamente una: la fiesta de la Pascua, en la que se va a consumir su entrega en la cruz. Por eso, el acontecimiento que marca el inicio de estos días adquiere una particular elocuencia, ya que sirve de pórtico, literario y temático, a lo que va a suceder. Mateo, hasta este momento, ha presentado a Jesús como el Mesías, en sus obras y palabras, y ahora va a mostrar el triunfo de este Mesías, en la gloria de su reinado; mesianismo que pasa por la muerte en la cruz. La entrada “triumfal” en Jerusalén marca el paso de este camino.

Jesús, como habitualmente en los evangelios, toma la iniciativa de caminar hacia Jerusalén. Sabe lo que allí va a suceder, pero no elude la misión que ha recibido. A lo largo del evangelio de Mateo, sobre todo en los primeros capítulos, aparecen una serie de referencias del Antiguo Testamento aplicadas a diferentes acontecimientos, denominadas “citas de cumplimiento”: «*Esto sucedió para que se cumpliese lo que dijo el profeta...*». La vida de Jesús es una existencia llamada a cumplir la misión encargada por Dios, la promesa realizada con el pueblo. No quiere decir que su vida estuviera predestinada. Jesús asume libre y voluntariamente llevar a

cumplimiento esta promesa de Dios: manifestar el amor que el Padre tiene a la humanidad, que construye un nuevo mundo en el que todos somos hijos y hermanos. Así, su vida, cumple lo que estaba escrito.

En ocasiones los planes, los proyectos que hacemos son “nuestros” planes y proyectos, y no los de Dios. Jesús, a pesar de las dificultades, acoge como propio el plan de Dios. ¿Dejamos que sea Él quien oriente “nuestro” compromiso, “nuestro” Quehacer? ¿Estamos dispuestos a acoger y vivir según la voluntad de Dios?

3

Con motivo de la fiesta de la Pascua, Jerusalén era un hervidero de gente llegada de muchos lugares. Tras un largo camino, muchos de aquellos peregrinos, que habían caminado largo tiempo, llegaban a la ciudad por el este, por el Monte de los olivos. Al hacer allí la última parada de descanso, se abría ante ellos una majestuosa vista de la ciudad santa y del Templo, lugar de la presencia de Dios. No es extraño que muchos, entre lágrimas, cantaran el salmo: «*¡Qué alegría cuando me dijeron: “Vamos a la casa del Señor”! Nuestros pies ya pisan tus umbrales, Jerusalén*».

En este contexto, Jesús se acerca a la ciudad, en medio de las caravanas de peregrinos. Consciente de su misión, busca una cabalgadura para entrar en la ciudad como Mesías-Rey: una borrica. No entra montado sobre un caballo, signo de poder, de dignidad, de autoridad, de victoria militar del rey. La imagen de la entrada en la ciudad a lomos de un asno era conocida por el pueblo. Era un signo de los tiempos de paz y concordia entre los pueblos.

Jesús es el “Príncipe de la paz”, el que inaugura los tiempos nuevos, el reinado de Dios. Pero en este contexto, la entrada montado sobre la borrica va mucho más allá. Jesús es el Mesías. Pero no al estilo que esperaba el pueblo. El suyo es un reino de misericordia y bondad («*yo soy manso y humilde de corazón*»); de justicia y amor; de servicio y paz. Su mesianismo es el de la debilidad, el de la pobreza y la compasión. Cristo enseña, con su vida, que otro mundo es posible, que el triunfo de Dios “descoloca” los intereses humanos. La “lógica de Dios” no es la “lógica del mundo”.

«*El que quiera ser primero, que se haga último y servidor de todos*». En muchas ocasiones el Señor nos ha enseñado que no podemos vivir como los grandes de este mundo, que no podemos poner nuestra fuerza en el poder, en el dinero, en la fama... Su reinado es otro. Nuestra mística hoacista está impregnada por este nuevo estilo de Jesús. Revisemos si estamos viviendo desde él.

La bajada hacia Jerusalén (desde el Monte de los olivos) se desarrolla en medio de alegría y fiesta. No se trata de una procesión acompañando a Jesús. La gente, de forma espontánea, aclama al Profeta de Nazaret: «*¡Hosanna!*»; alfombran su camino con ramas y con sus mantos. Llega «*el que viene en nombre del Señor*», el que va a instaurar el reinado de Dios. La gente que días después gritará: «*¡Crucifícalo!*», ahora le aclama como rey. Pero aún no han entendido cómo va a ser su reinado. El clima de expectación ante la llegada de un libertador político, un Mesías con poder y autoridad, mueve las gargantas de la multitud. En Jesús ven a ese líder que viene a instaurar el reinado del Dios de Israel.

La ciudad se sobresalta. La expresión: «*Toda la ciudad preguntaba alborotada*», es un modo de fijar la atención, sobre todo, en los líderes del pueblo, los sacerdotes que en la pasión serán quienes pidan la muerte de Jesús. ¿Quién es este que viene aclamado por los peregrinos? Un rey pobre, que tiene que pedir prestado incluso el animal que trae; que entra en la ciudad montado un asno; sin otro ejército que los peregrinos que llegan, ¿quién es?

La entrada de Jesús en Jerusalén cuestiona el poder y la autoridad establecida. Es un signo que no deja indiferente, que denuncia a los líderes del pueblo, a los que ocupan los primeros

puestos. Jesús es un rey “incómodo”. Su vida y sus gestos denuncian la injusticia de una sociedad construida sobre dolor de los últimos. ¿Hemos olvidado ser “voz de los sin voz”? Nuestras vidas, ¿son coherentes y denuncian los poderes que oprimen a una gran parte de la humanidad y devastan la creación?

«En la HOAC se pretende ser discípulos de Cristo, y se ha comprendido bien que para ello no hay más “ingreso” que aprobar tres “asignaturas”:

- 1) **Negación de sí mismo**, amando a los hermanos hasta la muerte.
- 2) **Cargar con la Cruz**, con la propia y con la de los hermanos más cargados.
- 3) **Seguir a Cristo en su camino**, que inevitablemente termina en al Calvario.

Entonces ya se es “otro Cristo”, y así como Él venció al mundo, los “otros Cristos” seguirán venciendo al mundo» (G. Rovirosa, *La HOAC, ¿qué es esto?*, XIII).

4

CONTEMPLAR

Viene tu Rey, Justo y Salvador

Alégrate, hija de Sión, pueblo de Jerusalén,
alegraos, pueblos todos del mundo,
cantad con júbilo, pueblos del Tercer
Mundo,
porque llega a vosotros el Salvador.

No llega poderoso de la tierra
con sumas de dólares en las manos,
no preside multinacionales omnipresentes
con tentáculos sangrientos incontables,
no tiene voz de mando
ni llaves de ocultos temibles arsenales,
ni le acompañan legiones victoriosas.

Llega con sus manos vacías,
pero con el corazón rebosando;
llega con los oídos bien abiertos,

con la palabra liberadora
y con las espaldas grandes.

Es un tipo que aguanta y que lucha,
también se estremece y se entrega.

Tiene nombre de misionero, de misionera,
de colaborador y voluntario,
de mediador y profeta,
de militante y apóstol;
defensor de derechos divinos y humanos,
cantor de la libertad verdadera,
promotor de solidaridad,
heraldo de la nueva era,

testigo del amor más grande,
hijo de Dios en la tierra.

